

LA ENCÍCLICA SOBRE EL ESPÍRITU SANTO

Balance realista y mensaje de esperanza para el siglo que comienza

LEO SCHEFFCZYK

La Encíclica del Papa Juan Pablo II *Dominum et Vivificantem* merece una atención especial por varios motivos. En primer lugar porque el Espíritu Santo es la persona misteriosa de la Santísima Trinidad que representa la vida íntima divina, y al mismo tiempo el alma de la divinidad que expresa en profundidad la invisibilidad de Dios, su profundo secreto y su incomprehensibilidad¹. Precisamente en el Espíritu Santo nos encontramos con el misterio más profundo de la vida divina trinitaria, de la misma forma que nos topamos con el secreto del hombre cuando conocemos su espíritu y su alma. Este especial secreto trae consigo que el Espíritu Santo esté relativamente alejado de la vida y del pensamiento de los cristianos de tal forma que es para ellos, como se ha dicho, el «Dios desconocido». Por estos motivos tiene una importancia especial que una Encíclica papal se haya ocupado de este tema misterioso, pero básico, con el que están poco familiarizados los fieles.

Un segundo motivo que avala la importancia de esta Encíclica estriba en que sigue un determinado programa, que manifiesta con claridad cuál es la enseñanza y el magisterio de este Papa y de la Iglesia actual que él representa. La Encíclica que comentamos representa el final de una trilogía dedicada en su totalidad al misterio de la Santísima Trinidad. Del Espíritu Santo puede decirse, por una

1. Sobre la teología del Espíritu Santo ver, por ejemplo, entre otros la nueva recopilación: *Credo in Spiritum Sanctum*, 2 Vol. (Atti del Congresso teologico internazionale di pneumatologia, Roma 1982), Città del Vaticano 1983.

parte, que es, por antonomasia, el secreto de la vida de Dios y del mundo y, por otra parte que, precisamente por su realidad misteriosa, los cristianos lo entienden y veneran menos hoy día; en todo caso menos que en el siglo XVII cuando los cristianos se defendían religiosa y espiritualmente contra la irrupción del monoteísmo islámico con un nuevo resurgimiento de la veneración y la fe en la Trinidad. El Papa, con el proyecto y realización de dicha trilogía desea llamar la atención de la cristiandad moderna sobre sus fundamentos permanentes y fijarla en ellos.

En el mensaje del Papa se percibe una definida aproximación, un acercamiento a la actual evolución de los tiempos con la que se ha comprometido especialmente la Iglesia después del Concilio Vaticano II² y que en la presente Encíclica alcanza indiscutiblemente su cénit. Esta profundización concreta en la historia bimilenaria del cristianismo, en vísperas del comienzo del tercer milenio, otorga una especial importancia al estudio de este documento que diseña una visión cristiana de la historia y lo hace muy recomendable a los cristianos.

Por tanto se ha de prestar atención al aspecto filosófico-histórico o teológico-histórico de este documento y analizarlo bajo una perspectiva que podría ser expresada como: «balance de un pasado de 2000 años y esperanza en el nuevo milenio». Esta estructuración del tema requiere que limitemos nuestro análisis de la Encíclica que, por otra parte, no podría ser estudiada exhaustivamente en un solo artículo. Nos fijaremos en un aspecto básico que nos hará comprender el sentido profundo de la totalidad. Es un compromiso con el lector, cuyo cumplimiento sólo podrá afirmarse o probarse al final.

La enseñanza doctrinal ofrecida en la Encíclica, con especial referencia a la historia y por ello cargada de historia, de futuro y de esperanza puede resumirse en las siguientes proposiciones teológicas.

2. Cfr. *Lumen gentium*, 5. 9. 40. Sobre este tema, L. SCHEFFCZYK, *Kirche und Theologie unter dem Gesetz der Geschichte: Alte Frage - neue Antworten? Neue Frage - alte Antworten?*, Würzburg 1967.

1. *El Espíritu Santo como fuerza motriz de la historia de la Salvación*

La idea del Espíritu Santo como íntima fuerza motriz de una historia conducida por Dios, se expresa en diversos pasajes concretos de la Encíclica, como por ejemplo los siguientes: el Espíritu es «la fuente de la vida divina en la historia de la humanidad»³ o la declaración: «la redención en el corazón y la conciencia del hombre —en la historia del mundo— es realizada de forma constante por el Espíritu Santo, el otro Paráclito»⁴, o bien la afirmación: el Espíritu es el «origen de todo acto salvador de Dios en el mundo... que llena la tierra con amor y dones»⁵.

Pero que el Espíritu Santo sea verdaderamente la fuerza motriz de la historia se confirma sobre todo por la representación de todo el drama de la historia desde su génesis, en la creación, hasta su plenitud en el juicio final. Ya en el acto creador de Dios tiene lugar una manifestación del Espíritu en el cosmos y, especialmente, en el hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Juan Pablo II, de una forma que se aparta en cierto modo de la exégesis crítico-histórica⁶, ve identificado al Espíritu Santo en el relato de la creación: «el espíritu aleteaba sobre las aguas» (Gn 1, 2) tal como lo hicieron los Santos Padres, por ejemplo San Jerónimo en Occidente y San Atanasio en Oriente. Dicha exégesis que puede calificarse como interpretación espiritual porque deduce el sentido profundo de una palabra del contexto global de la fe, no puede considerarse como ilegítima.

La Encíclica ve una directa comunicación del Espíritu en la creación del hombre a «imagen» y «semejanza» de Dios⁷ (Gn 1, 26), donde no se indica otra cosa más que la creación del hombre en salvación, es decir, en la gracia. La gracia es siempre, en su nú-

3. DV, 52.

4. *Ibidem*, 24.

5. *Ibidem*, 55.

6. Sobre la cuestión de la exégesis histórico-crítica, ver, entre otros, P. STUHLMACHER, *Thesen zur Methodenlehre gegenwärtiger Exegese*, en «Zeitschrift für neutest. Wissenschaft 63 (1972) 18-25.

7. Ver L. SCHEFFCZYK, *Einführung in die Schöpfungslehre*, ³Darmstadt 1987, pp. 105-111.

cleo, un don del Espíritu Santo: La presencia del Espíritu, según la Encíclica, que expresa el convencimiento general de la Iglesia, se remonta a la historia del pueblo de Dios de la Antigua Alianza. Allí aparece vinculada sobre todo con la unción que se imponía a los reyes y sacerdotes⁸, aunque también aparece en el don espiritual de los profetas. Esta «unción con el Espíritu Santo» que ya existía en la Antigua Alianza, es sólo un proyecto previo de una manifestación especial del Espíritu, de un magnífico don del Espíritu Santo que se concederá al Mesías prometido en el principio de la historia de la Nueva Alianza. El Papa subraya que el profeta Isaías (Is 11, 1-3) hablando del Mesías que había de venir, profetiza que sobre él reposará el espíritu de Yahvé, lo que indica una singular plenitud del Espíritu Santo.

Si pensamos que, según la concepción cristiana, el Antiguo Testamento estaba orientado hacia la aparición del Mesías y que este Mesías es el auténtico y supremo portador del Espíritu, debe considerarse que dicha historia de salvación, en su totalidad, estaba orientada hacia la venida del Espíritu, y se la debe entender como la «progresiva revelación del Espíritu»⁹ que alcanza su punto culminante en Cristo. Esta culminación de la obra del Espíritu, iniciada con la creación, tiene una aclaración, en cuanto a su contenido, en la importante frase: «La concepción y el nacimiento de Cristo son la obra más grande realizada por el Espíritu Santo en la historia de la creación y de la salvación»¹⁰. Como consecuencia también se incluye en esta obra perfecta del Espíritu Santo a aquella mujer que sería la Virgen Madre del Mesías: María y su concepción virginal y el nacimiento del Mesías.

Fue el Espíritu Santo quien de una forma maravillosa realizó la maternidad corporal de María, y le otorgó la fuerza espiritual y la gracia necesarias, es decir, la gracia de una fe de entrega y de una obediencia en la fe¹¹.

8. H. CAZELLES, *Alttestamentliche Christologie. Zur Geschichte der Messiasidee*, Einsiedeln 1983, 58 ss.

9. DV, 20.

10. *Ibidem*, 50.

11. Cfr. *ibidem*, 50 y 51.

Si Jesús, Hombre-Dios, fue el perfecto portador del Espíritu, se comprende que se manifestara de una forma especial en la historia de su vida la obra del Espíritu¹². Ello es especialmente importante porque la vida del Redentor es ejemplo, norma y pauta para la vida de la Iglesia y de los creyentes. Por tanto, «la entera actividad de Cristo se desarrolló bajo la presencia viva del Espíritu Santo»¹³. Se reveló en la manifestación del Espíritu en el Jordán, en los milagros mesiánicos, en el júbilo en que estalla el Redentor, destinado a morir, en los principales momentos de su vida y que el evangelista Lucas califica como «júbilo en el Espíritu Santo» (Lc 10, 21; Mt 11, 25 y ss.) y sobre todo en el acontecimiento de la Pascua, en la Resurrección del Señor. Precisamente el «despertar» tras la muerte de Jesús Hombre, que es un concepto idéntico a lo que nosotros llamamos «resurrección» ha de atribuirse de forma especial, como obra de Dios, al Espíritu Santo ya que en ella se manifiesta como Espíritu que da la vida y revivifica.

Después de estas decisivas manifestaciones del Espíritu en la vida de Jesucristo, la obra del Espíritu opera sobre un nuevo ámbito y abre una nueva dimensión, la dimensión de la Iglesia. Los representantes de esta Iglesia son, en primer lugar, los Apóstoles y los discípulos del Señor a los que Cristo, en el discurso de despedida recogido por San Juan —al que el Papa concede especial importancia para la teología del Espíritu Santo—, promete los dones y el envío del Paráclito después de su Resurrección. Esta promesa se concreta en las palabras de despedida de Jesús: «Cuando yo me vaya os lo enviaré (es decir, el Espíritu Santo)». El cumplimiento de esta promesa se realiza inmediatamente después de la Resurrección «en la tarde del primer día de la semana», es decir, aún en el día de la Resurrección en que dice a los discípulos: «como mi Padre me ha enviado, así yo os envío a vosotros. Una vez dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 19-22)¹⁴.

12. A. JANKOWSKI, *Gesú e Spirito*, en «Credo in Spiritum Sanctum», o.c., I, pp. 741-745.

13. DV, 20.

14. Cfr. *ibidem*, 24.

A aquel decisivo acontecimiento, que tuvo su manifestación pública en la fiesta de Pentecostés, vincula el Papa una reflexión importante que se podría expresar como una evolución orgánica, como una estructura histórica de la presencia y de la intervención del Espíritu en la historia del mundo y de la salvación. Contando con lo que ya se dijo con motivo de la creación y de la historia de la Antigua Alianza podemos reconocer también nosotros una cierta actuación, en tres partes, del Espíritu en el mundo: en la creación sólo estaba presente; influía con su presencia sobre la historia del pueblo de Dios; en el Mesías «desciende el Espíritu en persona» y es enviado sobre Él.

Lleno por completo del Espíritu Santo y elevado por El a la nueva vida en la gloria del Padre, alcanza el Señor ascendido el poder de enviar el Espíritu Santo a los discípulos, a toda la Iglesia y al mundo. El envío del Espíritu Santo por el Hijo representa el pleno alumbramiento de las fuerzas del Espíritu Santo que, hasta entonces, estaban concentradas en el Hombre-Dios Redentor, y que ahora son para la humanidad, ante todo para la humanidad congregada en la Iglesia de Cristo, en su Cuerpo místico lleno del Espíritu Santo.

Con esto, la visión teológico-histórica acerca de la acción histórica del Espíritu Santo, propia de la primera parte de la Encíclica llega a su fin y objetivo provisional: la Iglesia llena del Espíritu. Toda la primera parte está incluida bajo el epígrafe: «El Espíritu del Padre y del Hijo, dado a la Iglesia». El objetivo de la historia de la salvación animada por el Espíritu es, por tanto, su envío a la Iglesia apostólica.

La misión del Espíritu alcanza en la Iglesia un nuevo empuje y eficacia. En el discurso de despedida de Jesús, sobre todo en los capítulos 15-17 del Evangelio de Juan, está como concentrada en la palabra «Paráclito», u «otro Paráclito» que Cristo enviará después de su marcha del mundo¹⁵. En la denominación «otro Paráclito» aparece la estrecha vinculación entre Cristo y el Espíritu Santo que

15. Ver F. HAHN, *Das biblische Verständnis des Heiligen Geistes*, en C. Heitman-H. Mühlen (hrsg), «Erfahrung und Theologie des Heiligen Geistes», München 1974, 144 ss.

también se expresa en la siguiente aclaración: el Espíritu, como dice el Señor, «tomará de lo mío y os lo anunciará a vosotros»¹⁶. El Espíritu Santo es, en verdad, el Espíritu de Cristo. Su obra sigue la dirección y continúa la obra de Cristo.

Como el «otro Paráclito» de los creyentes y de la Iglesia mantendrá viva la obra de Cristo en el mundo, la hará más profunda en la humanidad, la extenderá por todos los confines y en todas las épocas del mundo. Por consiguiente, el mandato y la misión bautismal del final del evangelio de Mateo (Mt 26, 26), citado a este respecto por el Papa, tiene también una configuración trinitaria, es decir, está orientada hacia el reconocimiento del Espíritu Santo como el pleno realizador histórico de la obra de Cristo. Sin embargo, la acción del Espíritu Santo no se producirá aleteando libremente sobre el mundo como en el inicio de la creación, sino que se concentrará en un ámbito espiritual concreto, tendrá su lugar y ámbito preferente: la Iglesia de Jesucristo, cuya alma y forma de vida es el Espíritu Santo.

Al final de la primera parte expone la Encíclica una panorámica de la obra histórica del Espíritu Santo en la era de la Iglesia y de su actuación en esta historia bimilenaria. Al comenzar la segunda parte, el Papa dirá textualmente que la Iglesia es «el auténtico depositario de los anuncios y de las promesas» que Cristo realizó a través del Espíritu Santo¹⁷; pues en esta Iglesia se continúa el acontecimiento de Pentecostés¹⁸.

Con ello no se excluye que el Espíritu Santo derrame también su fuerza y su luz fuera de la Iglesia. Como se indica poco después del inicio de la segunda parte de la Encíclica: «el Espíritu Santo sigue siendo el protagonista transcendente de la realización de la obra de la salvación en el espíritu del hombre y en la historia del mundo: el invisible y, a la vez, omnipresente Paráclito»¹⁹. Sin embargo, el Espíritu tiene su propio puesto y lugar en el Cuerpo de Cristo, en la Iglesia, que ha de continuar la obra de Cristo, que sólo puede realizarse con la fuerza del Paráclito.

16. Cfr. DV, 22.

17. Cfr. *ibidem*, 29.

18. Cfr. *ibidem*, 25.

19. *Ibidem*, 42.

Las afirmaciones que se han hecho sobre la era de la Iglesia y sobre la historia de la Iglesia, se continúan con las reflexiones acerca de la actual obra del Espíritu Santo en la Iglesia.

2. *La obra del Espíritu Santo en el tiempo de la Iglesia*

Dichas reflexiones reflejan una especie de «balance» de la actividad espiritual de la Iglesia en este mundo.

También esta Encíclica aborda como tema principal el tema de la Iglesia, que fue dominante en el Concilio Vaticano II y que se ha convertido en una preocupación característica de la fe cristiana en el siglo XX. Hay que recordar que, a principios de siglo, poco tiempo después de la primera Guerra Mundial, se acuñó, como impronta del espíritu de la nueva era, el eslogan: «la Iglesia se despierta en las almas»²⁰ y que (con independencia de ello) el teólogo evangélico O. Dibelius denominaba, en la misma época, al siglo que se iniciaba como «el siglo de la Iglesia». Sin embargo, se plantea el problema de si esas palabras prometedoras, que estaban pensadas como programa para los cristianos, se han cumplido en el curso de este siglo. No quedará duda alguna al respecto si recordamos otra frase sobre la Iglesia en su situación actual, que ha acuñado un teólogo de nuestra época al hablar de «la silenciosa apostasía de las masas». Esta frase, si quedase como la definitiva y decisiva expresión sobre la Iglesia de nuestro siglo, sería testimonio de un balance totalmente negativo acerca de la actuación de la Iglesia en esta época.

Pero la Encíclica no limita su mirada a esta última parte del desarrollo de la Iglesia, sino que estudia la historia universal de la actuación del Espíritu Santo en la Iglesia desde el primer Pentecostés hasta nuestros días. Al tratarse de una actuación interna y misteriosa y, por tanto, de un fenómeno interno de gracia y de salvación, la Encíclica no puede detenerse en los sucesos externos y manifiestos de la historia de la Iglesia y tratar de medir la actuación del Espíritu con una escala externa. Para opinar sobre la actividad

20. H. B. GERL, *Romano Guardini. Leben und Werk*, Mainz² 1985, p. 139.

del Espíritu de Dios en el tiempo de la Iglesia elige una escala interna, adecuada al misterio del Espíritu, cuyas características quizá pueden crear dificultades a nuestro modo de pensar, alienado y conducido por los fenómenos sensibles.

Es difícil entender a primera vista el título que encabeza la segunda parte de la Encíclica: «El espíritu que convence al mundo en lo referente al pecado». Es una forma breve de la afirmación de Cristo en el evangelio de Juan: «Cuando Yo me vaya os enviaré al Espíritu. Y él, cuando viniere convencerá al mundo en lo referente al pecado, a la justicia y al juicio» (Jn 16, 8-11-27). En muchos aspectos se trata de una frase enigmática que nos produce una cierta confusión al leer el evangelio, y que resulta difícilmente comprensible como *leitmotiv* de toda la actuación del Espíritu en la historia de la Iglesia. La Encíclica no regatea esfuerzos para explicar ampliamente esta palabra de Cristo²¹.

Por «pecado» se ha de entender la incredulidad que rechazó la misión y la oferta de salvación de Cristo. El Espíritu de Dios que anima a la Iglesia conducirá al mundo a la verdad profunda de la misión de Cristo y explicará a los hombres lo que significa el pecado. Es evidente que antes de la acción salvífica del Hijo y durante su vida en la tierra, los hombres no pudieron comprender en toda su profundidad ni la importancia de la venida de Jesús, ni la fatalidad de su rechazo. El Espíritu Santo en la Iglesia y con ella se presenta aquí como el mayor pedagogo y maestro de la historia de la humanidad, que impulsa este proceso como un proceso de maduración del espíritu humano; es evidente que para una comprensión espiritual e interna de la historia de la humanidad y de su sentido es necesario el conocimiento de la redención efectuada por Cristo.

Realmente podría interpretarse como negativa esta actuación del Espíritu en la historia universal en relación con el drama de estos pecados tan significados, de forma que la actuación del Espíritu y de la Iglesia en el mundo podría entenderse más como acusación que como consolación y, por lo tanto, interpretarse incorrectamen-

21. Cfr. DV, 27-29.

te. Esta actuación del Espíritu es sólo condición para el desvelamiento de la justicia, palabra que indica aquel derecho que el Padre otorgó al Hijo hecho hombre elevándole a la gloria del cielo después de su muerte ofrecida como sacrificio. Por el escueto término «justicia» ha de entenderse la palabra de gracia y salvación de Cristo en toda su plenitud. El Espíritu Santo llevará a la humanidad a una profunda comprensión mediante el anuncio de la Iglesia, es decir, explicará y transmitirá al mundo la magnitud y alcance de la redención efectuada por Cristo.

La acción del Espíritu y de la Iglesia, que siempre se acompañan, tienen realmente un contenido y una finalidad, positivos que es la continuación y conclusión de la obra redentora en el pensamiento y la vida de la humanidad. Aunque debe tenerse presente que al rechazar esta obra del Espíritu se manifiesta en este mundo lo antidivino, que al final ha de ser sometido a juicio. En la afirmación sobre el triple «convencimiento» del Espíritu Santo está comprendida la esencia de la función salvífica de la Iglesia en el mundo. También está incluido el sentido de la historia de la Iglesia y del mundo en este período intermedio entre la primera y la segunda venida de Cristo, esta segunda para transfigurar y juzgar al mundo. Resalta así la concepción histórico-teológica de la Encíclica con respecto a la Iglesia y a la historia de la humanidad, o el sentido de la historia entendida desde el punto de vista espiritual. Este sentido tiene como centro la encarnación redentora de Cristo por obra del Espíritu Santo. Su finalidad es la transfiguración del mundo por el mismo Cristo con la fuerza vital del Espíritu Santo.

Pero no sólo se indican el camino y la meta de la historia de la Iglesia y de la humanidad conducida por el Espíritu Santo. La Encíclica condensa su enseñanza sobre la obra del Espíritu Santo en el período intermedio subrayando la peculiaridad de esta historia, como un drama que se representa entre Dios, cuyo misterio profundo se expresa en la Persona del Espíritu Santo, y las fuerzas opuestas a Dios. Se las califica indistintamente como «mentira» «anti-verdad» y «espíritu de la sospecha» que pretenden falsear todo lo bueno y verdadero²², y como «espíritu de las tinieblas»²³ que

22. Cfr. *ibidem*, 37.

23. Cfr. *ibidem*, 38.

fabrica el falseamiento más sutil. Dios es presentado en la Encíclica como amigo del hombre, mientras que el «espíritu de las tenebras» —Satanás, como se le llama aquí sin disimulo—, «es homicida desde el principio» (Jn 8, 44).

La caracterización de la historia como una lucha entre el Espíritu y las fuerzas opuestas a Dios adopta aquí los rasgos que encontramos en la contraposición de San Juan entre muerte y vida, tinieblas y luz, mentira y verdad²⁴, que en los vaivenes de su combate representan el drama de la historia. En medio de este drama que, en palabras del Papa parece haberse agudizado en la actualidad (como ejemplos se pueden citar el aumento del ateísmo, la caricatura de la «teología de la muerte de Dios»²⁵, el materialismo enemigo de lo espiritual²⁶ y los signos de decadencia en la moral, la técnica y la política), en medio de esta fatal confrontación, está el hombre llamado a tomar una decisión. En este contexto aparecen de nuevo las ideas fundamentales de la antropología teológica del Papa que ya figuraba en las anteriores Encíclicas *Redemptor hominis*, *Dives in misericordia* y en la Exh. Ap. *Familiaris Consortio*²⁷. El hombre aparece aquí, por su semejanza con Dios y su relación con Cristo, como un ser maravilloso dotado de una naturaleza llamada a un destino eterno. Pero, a causa del pecado original, que es presentado en la Encíclica como un dato antropológico fundamental, posee esa grandeza de modo frágil y vulnerable por los pecados propios.

A la capacidad de tomar decisiones propia de la naturaleza humana, le pertenece necesariamente poseer una conciencia clara y aguda, capaz de distinguir entre el bien y el mal²⁸. Sobre ella dirá la Encíclica que es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre en el que éste se siente a solas con Dios cuya voz resuena en el recinto más íntimo²⁹. No se trata de una capacidad inventada por el hombre, sino de la «propiedad clave del sujeto personal puesta

24. Sobre el denominado «dualismo joane», cfr. entre otros, L. GOPPELT, *Theologie des Neuen Testaments*, II, Göttingen 1976, 630 ss.

25. Cfr. al respecto, S. DAECKE, *Der mythos vom Tode Gottes. Ein Kritischer Überblick*, Hamburg 1970.

26. Cfr. DV, 56.

27. L. SCHEFFCZYK, *Zur Theologie der Ehe*, Abensberg 1986, pp. 49-67.

28. Ver, por ejemplo, A. LAUN, *Das Gewissen. Oberste Norm sittlichen Handelns*, Innsbruck 1984.

29. Cfr. DV, 43; cfr. *Gaudium et spes*, n. 16.

por el Creador en el corazón del hombre». Esta capacidad puesta por Dios no puede ser, por tanto, una «fuente autónoma» y exclusiva para decidir lo que es bueno o lo que es malo. Haciendo referencia a algunos errores actuales que se detectan en la enseñanza de la Moral católica señala Juan Pablo II que: «en la conciencia está grabado profundamente un principio de obediencia a la norma objetiva, que fundamenta y condiciona la congruencia de sus decisiones con los preceptos y prohibiciones en los que se basa el comportamiento humano»³⁰; sólo con tal «conciencia recta», que recuerda también la existencia de una conciencia deformada y errónea, puede el hombre y el cristiano como responsable de sus decisiones en el drama de la salvación cooperar plenamente en la tarea del Espíritu Santo, que consiste en el desvelamiento del pecado.

En este lugar el Papa hace una crítica dura sobre la pérdida del sentido de responsabilidad moral y por tanto de la conciencia de pecado en la humanidad actual, como situación en la que están viviendo también los cristianos. Habla de una actitud espiritual de nuestro tiempo en que se «ha perdido el sentido del pecado». Cita a Pío XII que ya había afirmado que el pecado de nuestro siglo es la pérdida del sentido del pecado. Dicho pecado adopta la forma de una resistencia directa contra el Espíritu Santo que, por ser un endurecimiento del corazón, apenas si puede superarse.

En este punto, el drama de la historia adquiere su expresión más intensa, de forma que nos podemos preguntar cual es el balance que establece el Papa sobre el siglo y sobre la entera historia de la Iglesia. El que pretenda confeccionar este balance con datos numéricos o con magnitudes cuantitativas, contraponiendo el activo y el pasivo, resultará decepcionado. El balance que ofrece el Papa no puede ser una contraposición cuantitativa, una comparación de las pérdidas y ganancias en el desarrollo de la Iglesia. Eso es lo que expresa con sus propias palabras, cuando dice: «Hay que ir más allá de la dimensión histórica del hecho considerado exteriormente. Es preciso considerar dicha dimensión abarcando con la mirada de la fe los dos milenios de la acción del Espíritu de la verdad»³¹.

30. *Ibidem.*

31. *Ibidem*, 53.

Esta consideración o balance no permite un equilibramiento intelectual entre éxitos y fracasos, entre la gracia y el pecado, entre el espíritu del mundo y el Espíritu de Dios. Sólo ofrece una visión sobre la realidad de la oposición de estas dos fuerzas, y un conocimiento sobre el sentido de la historia. El balance consiste en el conocimiento de que la historia conducida por el Espíritu se asemeja a una lucha dramática, en la que siempre están actuando fuerzas opuestas que hoy día han crecido tanto que, como dice textualmente, «pueden conducir a nuevas derrotas del bien»³². Es una afirmación muy realista sobre la historia bimilenaria del cristianismo occidental, en la que se incluye también nuestro presente. Sin embargo, este realismo no debe confundirse con un pesimismo humano frente al pasado y al presente.

Hoy es ya habitual que, en las críticas a la Iglesia que surgen dentro de ella misma, se de la impresión de que la Redención que debe continuar la Iglesia aún no ha comenzado propiamente, y que incluso la Iglesia ha renunciado a ella³³. Quien crea en la acción del Espíritu en la Iglesia no puede hacer un juicio tan negativo. Con los ojos de la fe puede verse y reconocerse que, como dice textualmente la Encíclica: «este Espíritu ha recibido el tesoro de la redención de Cristo, a través de los siglos» dando a los hombres la vida de la gracia de Cristo, salvándoles e, incluso fuera del Cuerpo visible de Cristo, despertando a los hombres para el bien y para la vida divina³⁴. No es verdad, en absoluto, que la Iglesia colmada por el Espíritu Santo haya fracasado en su misión, aun cuando muchos de sus miembros humanos realmente hayan fallado y empobrecido los resultados. Lo cierto es que la Iglesia, dentro de este mundo, se encuentra en un «Adviento», entre la penumbra de una noche que sigue dominando y la luz, apenas perceptible, del alba.

Pero esta imagen de un Adviento histórico, con su contraposición de luz y tinieblas, es al mismo tiempo la expresión de un optimismo salvífico y sobrenatural al que convoca el Papa a los fie-

32. *Ibidem*, 56.

33. Ver al respecto, L. SCHEFFCZYK (hrsg.), *Erlösung und Emanzipation*, Freiburg 1973.

34. Cfr. DV, 53.

les que se preparan para el Jubileo del año 2000 de la historia de la salvación cristiana y para el paso al tercer milenio.

3. *El mensaje de la esperanza*

Se puede preguntar por qué el Papa y la Iglesia toman el número 2000 como motivo para la celebración de un Año Jubilar, con un culto especial al Espíritu Santo y destacan una fecha cuya continuación histórica no podemos hoy prever cómo será. En realidad es muy poco probable que el mundo vaya a celebrar con actos especiales el año 2000, ya que no existe una aceptación internacional de este cálculo del tiempo que viene fijado por la venida de Cristo. Incluso la mayor parte de Occidente, dominado por el comunismo, es posible que no celebre dicha fecha. Tampoco el liberalismo indiferente a la religión la celebrará, ya que tendría que expresar de forma indirecta un reconocimiento de Cristo.

Sólo lo hará la Iglesia de Cristo, que piensa en los dos mil años de su nacimiento y da gracias al mismo tiempo por la plenitud alcanzada desde dicho comienzo. La significación simbólica del número 2000 también desempeña un papel importante. El hombre situado en la tradición bíblica conoce por los libros del Antiguo y del Nuevo Testamentos la significación especial del número 1000 referido a los años. Para los hombres bíblicos es un signo de especial respeto del poder de Dios sobre el tiempo y sobre la historia. Para los hombres este número es casi incomprensible y secreto, una expresión del poder de Dios sobre el tiempo para quien, según nos dice San Pedro (2 Pet 3, 8)³⁵, mil años son como un solo día. El pensamiento humano que siempre se ha visto afectado por el misterio del tiempo sentirá especialmente la sensación de este misterio en presencia de dicho número y de su doble, el año 2000. El pensamiento cristiano, que no puede desmentir su relación con los símbolos, podrá presentar y decir con fe que amanece un nuevo

35. Cfr. K. H. SCHELKLE, *Die Petrusbriefe*, «Herders theol. kommentar zum NT», Freiburg 1961, 226 ss.

«día cristiano de Dios» en el que se anunciará nuevamente la plenitud de Cristo.

La presente Encíclica refleja esta esperanza en la nueva revelación de la plenitud de Cristo en la fuerza del Espíritu, que está destinado a hacer revivir esta plenitud y profundizar en la misma y a extenderla por el mundo. Se plantea la pregunta de si el paso al «tercer día del Señor o de Cristo» para el pensamiento creyente, debe configurarse y celebrarse como algo claramente positivo y esperanzador. A este respecto conocemos por la historia occidental relativamente reciente que el paso de los años mil se ha vivido y experimentado de una forma trágica y sombría. En el inicio del primer milenio de la historia del Occidente el imperio romano se encontraba sumido en una gran decadencia espiritual, que solo imperfectamente logró conjurar Augusto, el César de la paz. También el paso del primero al segundo milenio fue un período muy oscuro. En el siglo diez, el *saeculum obscurum*, se esperaba el fin del mundo para el año 1000.

Es difícil considerar como una casualidad el hecho de que se perciba de nuevo una cierta sensación de catástrofe al aproximarse el año 2000. A este catastrofismo extendido por diversos sitios por motivos irracionales e ideológicos, va unido el afirmar el posible fin de la vida humana y la desaparición de toda vida sobre la tierra. No es ésta, propiamente hablando, preocupación propia del cristianismo; el cristiano cree, por su fe, que habrá un tiempo final y un fin del universo y que este mundo tendrá el fin que Dios le ha señalado. Su preocupación por este mundo no consiste en el miedo a un final, sino a un final provocado criminalmente por el mismo hombre. Por ello, el cristiano no olvida su compromiso con el mundo y tampoco el compromiso con su vida individual, pero no juega con las ideas de una vida inmortal o de un mundo eterno.

Por lo tanto, si el cristiano experimenta una preocupación por dicha fase de tránsito no es debida al miedo a la muerte, sino a la sensación de que con un nuevo milenio, con un nuevo «día de Dios» se va acercando el tiempo de su plenitud. Esta inquietud se traduce de inmediato en la conciencia de la obligación de apro-

vechar el tiempo que se acerca a su plenitud, para alcanzar la plenificación del hombre individual y de la humanidad en su totalidad.

En este sentido, en la última parte de la Encíclica el Papa dirige su esperanza hacia la posibilidad de que el camino de la humanidad en el tercer milenio sea un proceso de maduración. Este proceso de maduración de la humanidad, un proceso pedagógico que la debe conducir a una plenitud de su ser, es la palabra clave de la tercera parte de la Encíclica y el contenido de la esperanza en el futuro.

Sería, no obstante, una esperanza vana y engañosa si se fundamentara y apoyara sólo en las fuerzas del hombre. Se basa más bien en Dios que, como señala el título de la tercera parte, es el creador de la vida «el espíritu que da la vida»³⁶. El Papa expresa su esperanza de que las palabras del Salmo 104, 30 que se han incorporado como invocación del Espíritu Santo en la Iglesia, se confirmen de nuevo en el tercer milenio y se realicen de nuevo: «envía tu Espíritu y serán creadas y renovarás la faz de la tierra»³⁷. En la virtud de la esperanza se inserta esta pregunta: «desde el sombrío panorama de la civilización materialista y en particular desde aquellos *signos de muerte* que se multiplican en el marco sociológico-histórico en que se mueve nuestra época, ¿no surge acaso un nueva llamada, más o menos consciente, al Espíritu de la vida?»³⁸.

Pero la Encíclica sabe que la virtud de la esperanza desata un movimiento voluntario en los corazones de los hombres. Exige la tensión y el descanso del hombre en lo divino, cuenta con las dificultades y la necesidad de la lucha. Debe estar por eso vinculada con la resistencia a las fuerzas del mal en el corazón humano³⁹, con la apertura del espíritu del hombre hacia el Espíritu de Dios y con la disposición a aceptar las persecuciones que la fe debe experimentar, ya sea en esta época o en las siguientes⁴⁰.

36. DV, 49.

37. Cfr. *ibidem*, 52.

38. *Ibidem*, 57.

39. Cfr. *ibidem*, 55.

40. Cfr. *ibidem*, 60.

Todas estas exhortaciones van dirigidas *sobre todo a los cristianos* que son los únicos que pueden conocer el *significado* que tienen el Espíritu y la esperanza. Se dirigen a lograr una *transformación* del corazón de los cristianos, que deben motivar a todos los hombres y darles su testimonio. En este contexto figura también algunas veces la palabra «liberación», como otra expresión de la madurez del hombre ⁴¹.

Esta palabra no es utilizada primordialmente por la Encíclica para referirse a la liberación política o social, aunque también las engloba, al explicar que las normas sociales deben configurarse de tal manera que no se opongan a la apertura y a la madurez del espíritu humano. Ello no quiere decir que la transformación de las demás estructuras deba traer consigo la transformación del hombre ⁴², pues ésta debe producirse en su corazón y en su espíritu.

De nuevo se plantea la cuestión de si la auto-apertura y la colaboración con el Espíritu Santo de que aquí se habla ha de realizarse, individualmente, con las propias fuerzas y de forma independiente. Aun cuando la maduración debe producirse en el ámbito del corazón y del espíritu de cada uno, no debe entenderse como algo aislado e individualista. El individuo deberá contar, para ello, con la comunidad de la Iglesia, con sus oraciones, con su palabra y con sus sacramentos. En definitiva, la esperanza en la maduración del hombre descansa en la fuerza y en la mediación de la Iglesia.

Esta esperanza no debe identificarse con un fácil optimismo. Conoce el drama de la historia y percibe con realismo las dificultades y obstáculos del camino de la humanidad hacia el futuro. Así lo indica la sobria pregunta que figura al final: «¿De quién será la victoria?» La respuesta a esta pregunta reza así: «de quién haya sabido acoger el don del Espíritu» ⁴³.

Se exhorta al cristiano y a toda la Iglesia a que entienda y active la recepción del Espíritu. Sólo podrá entenderse a la Iglesia

41. Ver, sobre todo *ibidem*, 60.

42. Ver al respecto la Instrucción de la Congregación para la doctrina de la fe sobre «Libertad cristiana y liberación» (22 de marzo de 1986) n° 71 y ss.

43. *Ibidem*, 55.

y al cristiano como portadores de esperanza para el mundo, en la medida en que graben en su existencia la imagen del Espíritu Santo y por tanto, la de toda la Trinidad.

L. Scheffczyk
MÜNCHEN